

necesario para hacer mas dificultoso el paso del rio sin suspender su curso, ni consolidar suficientemente el terreno movable, á que íbamos á acercarnos. El invierno se manifestó mas enemigo nuestro en aquella circunstancia que los Rusos mismos, estos faltaron á su estacion, la cual no les faltaba á ellos.

Los Franceses trabajaron toda la noche al resplandor del fuego enemigo, que centelleaba en la altura del margen opuesta, y á tiro del cañon y fusilería de la division Tchaplitz. No pudiendo dudar este ya de nuestro designio, envió aviso á su general en gefe.

---

 CAPITULO V.
 

---

Se desvanecia con la presencia de un ejército enemigo la esperanza de haber engañado al almirante ruso. A cada momento se esperaba oír romper toda su artillería contra nuestros trabajadores; y aun cuando unicamente el día descubriera nuestros esfuerzos, no debian estar bastante adelantadas entonces las obras, y la orilla opuesta, baja y pantanosa, estaba muy dominada de las posiciones de Tchaplitz, para que un paso á viva fuerza fuese posible.

Por lo mismo al salir Napoleon á las diez de la noche de Borizof, creyó partir para una desesperada refriega. Se estableció con los seis mil cuatrocientos guardias que le quedaban en Staroi-Borizof,

en un palacio de campo perteneciente al príncipe Radziwil, situado en la derecha del camino de Borizof á Studzianka, y á una igual distancia de estos dos puntos.

Pasó en pie lo restante de aquella noche decisiva, saliendo á cada momento para escuchar, ó para ir al paso en que su suerte se cumplía; porque la multitud de sus angustias llenaba en tanto grado las horas, que á cada una de ellas creía acabada la noche; y le advirtieron de su error por diferentes veces los que le rodeaban.

Apenas habia amanecido, cuando Napoleon se reunió á Oudinot. Le sosegó la presencia del peligro como acaecía siempre; pero á la vista de los fuegos rusos y de su posicion, nuestros mas determinados generales, tales como Rapp, Mortier y Ney, exclamaron, « que si el emperador se libertaba de aquel peligro, seria necesario creer resueltamente en su estrella! » Hasta Murat discurrió que era ya hora de no pensar mas que en salvar á Napoleon; y se lo propusieron algunos Polacos.

El emperador esperaba el dia en una de las casas que habia en la orilla del rio, sobre un escarpe que la artillería de Oudinot coronaba. Habiéndose introducido en ella Murat, declaró á su hermano político « que miraba como impracticable el paso; le apuró para que salvara su persona mientras que habia tiempo para ello todavía. Le participó que le era posible atravesar el Beresina sin peligro á algunas leguas mas arriba de Studzianka; que Napoleon estaria en Vilna á los cinco dias; que varios Polacos, valerosos y adictos, se ofrecian á conducirle y salian responsables de su salud. »

Pero Napoleon desechó esta proposicion como una via ignominiosa, como una infame huida, indignándose de que hubieran osado creerle capaz de abandonar á su ejército mientras se viera en peligro. No obstante esto, no manifestó encono ninguno contra Murat, quizás á causa de que este príncipe le habia proporcionado una ocasion de hacer ver su

entereza, ó mas bien porque no vió en su oferta mas que un testimonio de su zelo, y que en el concepto de los soberanos el apego á su persona es la mas relevante prenda.

El dia en aquel momento hacia amortiguar y desaparecer los fuegos moscovitas. Nuestras tropas tomaban las armas, los artilleros se colocaban en sus piezas, los generales estaban en observacion, todos ultimamente tenian clavada la vista en la opuesta orilla, con aquel silencio de las grandes expectativas y precursor de los inminentes peligros.

Resonando desde la vispera cada golpe de nuestros pontoneros por aquellas alturas arboladas, habia debido atraer la atencion del enemigo. Iban pues los primeros albores del 26 á mostrarnos sus batallones y artillería colocados delante de la fragil armazon, en cuya construccion debia emplear Eblé ocho horas todavía. No habian aguardado sin duda el dia, mas que para dar una mejor direc-

cion á sus golpes. Pareció este por último, y vimos unos fuegos abandonados, una margen desierta, y en las alturas, treinta piezas de artillería en retirada.

Una sola bala de sus cañones hubiera bastado para aniquilar la única tabla de salvacion que iba á echarse para unir ambas orillas; pero aquella artillería se retiraba á proporcion que la nuestra se ponía en batería.

Se descubria mas lejos la cola de una larga columna que se escurria hácia Borizof sin mirar detras de sí; quedaban sin embargo á la vista un regimiento de infantería y doce cañones, pero sin tomar posicion, y se veia errar una tribu de Cosacos hácia los linderos de los montes: era la retaguardia de la division Tchaplitz, que, compuesta de seis mil hombres, se alejaba así como para entregarnos el paso.

Los Franceses no se atrevian á creer á sus ojos. Poseidos de gozó ultimamente, palmearon, y dieron gritos. Rapp y Ou-

dinot volaron á la presencia del emperador, y le digeron: « Señor, el enemigo acaba de levantar el campo, dejando su posicion! — Eso no es posible! » respondió Napoleón; pero habiendo acudido Ney y Murat; confirmaron aquel informe. Arrojóse Napoleón entonces fuera de su cuartel general; miró, vió todavía que las últimas filas de la columna Tchaplitz se retiraban y desaparecian en los montes; y exclamó enagenado: « He engañado al almirante. »

Volviéron á parecer é hicieron fuego dos piezas enemigas en aquel primer impulso. Habiéndose dado orden para alejarlas á cañonazos, lo desempeñó completamente la primera salva; era una imprudencia á que se puso freno prontamente, temiendo que atrajera otra vez á Tchaplitz; porque apenas estaba comenzado el puente; eran las ocho de la mañana, y se metian todavía sus primeros puntales.

Pero impaciente el emperador de tomar posesion de la otra orilla, la mostró á los

mas valientes. Jacqueminot, edecan del duque de Reggio, y el conde lituaniense Predziecki, se arrojaron los primeros en el rio; y á pesar de los témpanos de hielo que cortaban y ensangrentaban el pretal é hijares de sus caballos, llegaron á la otra orilla. Los siguieron Sourd, teniente coronel y cincuenta cazadores del 7º, que llevaban en ancas á algunos descubridores, igualmente que dos almadías, que pasaron en veinte viages á cuatrocientos hombres.

El emperador estaba deseoso de un prisionero á quien pudiera hacer algunas preguntas. Jacqueminot estaba noticioso de semejante deseo; por lo que apenas hubo pasado el rio, cuando voló tras un soldado de los de Tchaplitz, le acometió, desarmó, cogió; y habiéndole puesto en el arzon de su silla, le llevó por medio del hielo y rio, á la presencia del emperador.

Hácia la una estaba limpia de Cosacos la ribera, y finalizado el puente para la

infantería. La division Legrand le atravesaba velozmente con sus cañones, á los gritos de « Viva el emperador » y á la vista de aquel soberano, que por sí mismo ayudaba al paso de la artillería, alentando con su voz y egeemplo á aquellos buenos soldados.

Viéndolos Napoleon ultimamente en posesion de la orilla opuesta, exclamó: « Hé aquí pues todavía mi estrella! » Porque creia en la fatalidad, al modo de todos los conquistadores; aquellos hombres, que, habiendo tenido mas que contar con la fortuna, saben bien de cuanto le son deudores, y que por otra parte sin potestad intermedia entre sí y el cielo, se reconocen mas inmediatamente bajo su poder.

---

## CAPITULO VI.

---

Llegó en aquel momento un señor lituano disfrazado de aldeano, con la noticia de la victoria ganada por Schwartzemberg contra Sacken. Napoleon tuvo la complacencia de publicar este triunfo en alta voz, añadiéndole, « que Schwartzemberg se habia vuelto inmediatamente tras las huellas de Tchitchakof, y que llegaba en socorro nuestro.» Conjetura que el desaparecimiento de Tchaplitz parecia hacer verosimil.

Sin embargo, aquel primer puente que acababa de finalizarse, era para la infantería únicamente. Comenzóse al punto otro segundo á cien toesas mas arriba, para la artillería y bagages, el cual no quedó concluido hasta á las cuatro de

la tarde. Al mismo tiempo lo restante del segundo cuerpo y la division Dombrowski seguian al general Legrand y al duque de Reggio; eran unos siete mil hombres.

Los primeros cuidados del mariscal se dirigieron á asegurarse del camino de Zemin por medio de un destacamento que le limpió de Cosacos, á echar al enemigo hácia Borizof, y contenerle á la mayor distancia posible del paso de Studzianka.

Tchaplitz perseveró en su obediencia á las órdenes del almirante hasta Stakhowa, aldea cercana de Borizof. Volvióse entonces, é hizo cara á las primeras tropas de Oudinot, que mandaba Albert. Se pararon unos y otros; hallándose bastante distantes los Franceses, no querian sino ganar tiempo, y el general ruso esperaba órdenes.

Tchitchakof se había hallado en una de aquellas árduas circunstancias, en que debiendo fluctuar incierta la preocupacion del ánimo entre muchos puntos á un

mismo tiempo, basta que ella se haya resuelto y fijado desde luego en una parte, para que inmediatamente mude de lugar y se dirija hácia otra.

Su marcha de Minsk hácia Borizof en tres columnas, no solamente por la calzada principal, sino tambien por los caminos de Antonopolia, Logoisk y Zemin, mostraba que toda su atencion se había dirigido en el principio hácia la parte del Beresina superior á Borizof. Por lo que, hallándose fuerte en su izquierda, reconoció ya muy bien la debilidad de su derecha, y aquella parte era el objeto de todas sus inquietudes.

El error que le arrastró hácia aquella falsa direccion, tuvo ademas otros fundamentos. Las instrucciones de Kutusof exigieron en ella la responsabilidad de Tchitchakof: Hoertel, que mandaba doce mil hombres hácia Bobruisk, rehusó salir de sus acantonamientos, seguir á Dombrowski, y venir á defender aquella parte del rio; alegó el peligro de una epizootia, pretexto

inaudito, inverosímil, pero verdadero, y que Tchitchakof mismo confirmó.

Este almirante añadió, que un aviso dado por Wittgenstein llamó de nuevo sus inquietudes hácia Beresino inferior, igualmente que la suposición, harto natural, de que la presencia de aquel general en el flanco derecho del ejército grande, y mas arriba de Borizof, arrojaría á Napoleon mas abajo de esta ciudad.

Pudo ser tambien uno de sus motivos la memoria de Carlos XII y de Davoust en Beresino. Siguiendo Napoleon aquella dirección, no solamente evitaria encontrarse con Wittgenstein, sino que tambien reconquistaria Minsk, y se uniría con Schwartzemberg. Esto debió ser tambien una de las consideraciones de Tchitchakof, conquistador de Minsk, y cuyo primer adversario era Schwartzemberg. Ultima y especialmente, las demostraciones falsas de Oudinot hácia Ucholoda, y verosimilmente el informe de los judíos le determinaron.

Completamente engañado el almirante, se habia resuelto pues en la noche del 25 á bajar el Beresina al mismo tiempo que Napoleon estaba determinado á subirle. Hubiera dicho uno que el emperador frances habia dictado al general enemigo su resolución, la hora en que debia tomarla, el preciso momento y todas las particularidades de su ejecución. Ambos habian partido de Borizof al mismo tiempo; Napoleon para Studzianka, Tchitchakof para Szabaszawiczy, volviéndose así las espaldas como de comun acuerdo; llamando el almirante hácia sí á cuantas tropas habia mas arriba de Borizof, excepto un corto cuerpo de descubridores, y aun sin destruir los caminos.

No se hallaba sin embargo en Szabaszawiczy mas que á cinco ó seis leguas del paso que estaba efectuándose; debia llegarle aviso de ello desde la mañana del 26; el puente de Borizof distaba solamente tres horas de marcha del punto de ataque; el general enemigo habia dejado quince

mil hombres delante de este puente; luego le era posible volver en persona á aquel punto, unirse con Tchaplitz en Stachowa, atacar en aquel dia mismo, ó prepararse á lo menos, y arrollar en el siguiente 27 con diez y ocho mil hombres á los siete mil combatientes de Oudinot y Dombrowski; volver á tomar finalmente delante del emperador y de Studzianka la posicion que Tchaplitz habia dejado la vispera.

Pero rara vez se reparan las faltas mayores con tanta prontitud, sea que al principio nos complacemos en dudarlas, y no nos resignamos en confesarlas hasta despues de una completa certeza; sea que ellas turban, y que en la desconfianza que formamos de nosotros mismos, vacilamos y necesitamos de apoyo ageno.

Por lo mismo, el almirante malogró lo restante del 26 y todo el 27 en cónsultas, titubeos y preparativos. La presencia de Napoleon y de su egército grande, de cuya debilidad le era difícil formarse idea, le obcecó. Vió al emperador en todas

partes: delante de su derecha, á causa de los simulacros de paso; por frente de su centro, en Borizof, porque en efecto llegando todo nuestro egército sucesivamente á aquella ciudad, la llenaba de movimientos; ultimamente en Studzianka, delante de su izquierda, en que Napoleon estaba realmente.

Habia vuelto tan poco de su error el 27, que mandó que reconocieran y atacaran Borizof varios cazadores, que pasaron sobre las vigas del puente quemado, y fueron rechazados por los soldados de la division Partonneaux.

En el mismo dia, y durante aquella irresolucion, Napoleon, con unos cinco mil guardias y el cuerpo de Ney, reducido á seiscientos hombres, pasaba el Beresina hácia las dos de la tarde, se colocaba en reserva de Oudinot, y aseguraba el desembocadero de los puentes contra los esfuerzos futuros de Tchitchakof.

Le habia precedido una multitud de bagages y rezagados; tras él pasaron mu-



chos todavía el rio mientras fué de dia; relevando al mismo tiempo el egército de Victor á la guardia en las alturas de Studzianka.

---

CAPITULO VII.

---

Todo iba bien hasta entonces, pero, al pasar Victor á Borizof, habia dejado allí á Partouneaux y su division. Este general debia contener al enemigo por detras de aquella ciudad, echar por delante de sí á los numerosos rezagados que se habian refugiado en ella, y reunirse con Victor antes del anochecer. Partouneaux veia por la primera vez el desorden del egército grande, y quiso ocultar al modo de Davoust en el principio de la retirada, los vestigios de ello de la vista de los Cosacos de Kutusof que iban siguiéndole. Esta vana tentacion, los ataques de Platof por la calzada de Orcha, y los de Tchitchakof por el puente quemado de Borizof, le retuvieron en esta ciudad hasta el anochecer.

Se disponia á salir de ella, cuando le llegó la orden de pasar allí la noche: se la pasó el emperador. Creyó con ello sin duda Napoleon atraer la atencion de los tres generales rusos hácia Borizof; y que reteniéndolos Partouneaux en aquel punto le daria lugar para efectuar todo su paso.

Pero Wittgenstein habia dejado que Platof marchase tras el egército frances por la calzada, dirigiéndose él mismo mas á la derecha. Desembocó en aquella misma noche por las alturas que coronan el Beresina entre Borizof y Studziánka, cortó el camino que une éstos dos puntos, y se apoderó de cuanto allí se hallaba. Retrocediendo una muchedumbre de rezagados hácia Partouneaux, le dieron á conocer que estaba separado del resto del egército.

Partouneaux no anduvo vacilante; aunque no tenia consigo mas que tres cañones y tres mil y quinientos combatientes, se resolvió inmediatamente á abrir camino, y comenzó á marchar. En el principio tuvo que avanzar por un camino resbaladizo,

embarazado con bagages y prófugos, contra un ventarron que daba de cara, y en medio de una noche lóbrega y frigidísima. Llegó á agregarse bien pronto á todos estos impedimientos el fuego de muchos millares de enemigos, que coronaban las alturas de su derecha. Fué prosiguiendo mientras que no le atacaron mas que de lado, pero no tardó en verse acometido de cara por tropas numerosas, bien apostadas, y cuyas balas de cañon atravesaban su columna del frente á la cola.

Se hallaba metida entonces aquella desgraciada division en una hondonada; embarazaba todas sus maniobras una larga hilera de quinientos á seiscientos carruages; y siete mil rezagados despavoridos, que con él terror y desesperacion daban alaridos, caian sobre sus débiles líneas, las rompian, hacian fluctuar sus pelotones, y á cada instante se llevaban tras su desorden á unos soldados bisonos, que se desanimaban. Fué necesario retroceder para reunirse, y volver á tomar una mejor

posicion; pero al ir hácia atrás, se encontraron con la caballería de Platof.

Habian perecido ya la mitad de nuestros combatientes; y los mil y quinientos soldados que quedaban, se veian cercados de tres egércitos y un rio.

Llegó en aquella situacion un parlamentario, en nombre de Wittgenstein y de cincuenta mil hombres, para mandar que se entregaran los Franceses. Partouneaux desechó aquella intimacion; agregó á sus filas los rezagados armados todavía; quiso probar el último esfuerzo, y abrirse camino á costa de sangre hácia los puentes de Studzianka; pero aquellos hombres tan valientes poco antes y tan envilecidos con la miseria entonces, no supieron hacer ya uso de sus armas.

Participóle al mismo tiempo el general de su vanguardia que estaban ardiendo los puentes de Studzianka; un edecan, llamado Rochen, habia dado el informe de ello; el cual sostenia haberlos visto abrazar. Partouneaux dió crédito á esta noticia

falsa; porque el infortunio es crédulo en materia de adversidades.

Se tuvo por abandonado, entregado; y como la noche, el embarazado camino, y la necesidad de hacer cara por tres partes, tenian separadas sus debiles brigadas, mandó decir á cada una de ellas que tratasen de escurrirse, con el favor de la obscuridad, á lo largo de los flancos del enemigo. Por su parte, subió con una de las brigadas, reducida á cuatrocientos hombres, á las alturas arboladas y perpendiculares que habia en su derecha, esperando atravesar durante las tinieblas el egército de Wittgenstein, librarse de él, incorporarse con Victor, ó dar la vuelta al Beresina por sus fuentes.

Pero en cuantas partes se presentaba, se encontraba con los fuegos enemigos; se apartó todavía, y anduvo errante á la aventura, durante muchas horas, por unas llanuras de nieve, y luchando contra un impetuoso huracan. A cada paso veia que sus soldados arrecidos de frio, y extenuados

de hambre y cansancio, caian medio muertos en poder de la caballería rusa, que iba persiguiéndole sin interrupcion.

Aquel desventurado general luchaba todavía contra el cielo, contra los hombres y contra su propia desesperacion, cuando advirtió que la tierra misma se hundia bajo sus pies. Engañado efectivamente con la nieve, se había metido en el hielo, muy endeble todavía, de un lago pronto á tragarle: unicamente entonces cedió y entregó sus armas.

Mientras que se efectuaba esta catástrofe, estrechadas mas y mas en la calzada las otras tres brigadas suyas, perdian el uso de sus movimientos. Retardaron su pérdida hasta el siguiente dia, peleando al principio, y parlamentando después; pero se rindieron sucesivamente entonces; y un mismo infortunio las reunió con su general.

No se libró mas que un solo batallon de toda aquella division; le habian dejado el último en Borizof. Salíó de allí por en me-

dio de los Rusos de Platof y Tchitchakof, que efectuaban en aquella ciudad, y en aquel instante mismo, la reunion de los egércitos de Moscou y Moldavia. Parecia que aquel batallon debia rendirse el primero, por hallarse solo y separado de su division; esto le salvó. Largas hileras de equipages y soldados desbandados huian por diferentes puntos hácia Studzianka; arrastrado el gefe de este batallon por una de aquellas turbas, errando el camino y dejando á su derecha el que el egército seguia, se introdujo hasta las orillas del rio, fué siguiendo todos sus recodos; y protegido por la refriega de sus compañeros, menos dichosos, por la obscuridad, y aun por lo arduo del terreno, se escurrió silenciosamente, libróse del enemigo, y fué á confirmar á Victor la pérdida de Partouneaux.

Luego que Napoleon hubo tenido noticia de este suceso, exclamó poseido de dolor: « Es necesario pues que esta desercion venga á echarlo á perder todo,

cuando todo parecia salvado! « La expresion era impropia; pero se la arrancó el dolor, sea que previese que Victor debilitado no podria hacer una muy larga resistencia en el siguiente dia, sea que mirase como una gloria el no haber dejado en poder del enemigo, durante su retirada toda, mas que rezagados y no cuerpos armados y arreglados. Esta division fué en efecto la única que entregó las armas.

---

## CAPITULO VIII.

---

Dió alientos este triunfo á Wittgenstein. Al mismo tiempo dos dias de irresolucion, los informes de un prisionero, y mas especialmente la reconquista de Borizof por Platof, habian desengañado á Tchitchakof. Los tres egércitos rusos, del norte, oriente y mediodia, se reconocieron reunidos desde entonces, comunicándose sus gefes entre sí. Wittgenstein y Tchitchakof estaban zelosos uno de otro, pero nos aborrecian á nosotros todavía mas : el odio, pero no la amistad, fué su vínculo. Ambos generales se hallaron prontos pues á atacar los puentes de Studzianka por una y otra orilla del rio.

Era el 28 de noviembre. Habia tenido